

## PEQUEÑA DISTANCIA

Esta mañana pienso que Miguel podría aparecer y cambiar la fórmula para un día fracasado.

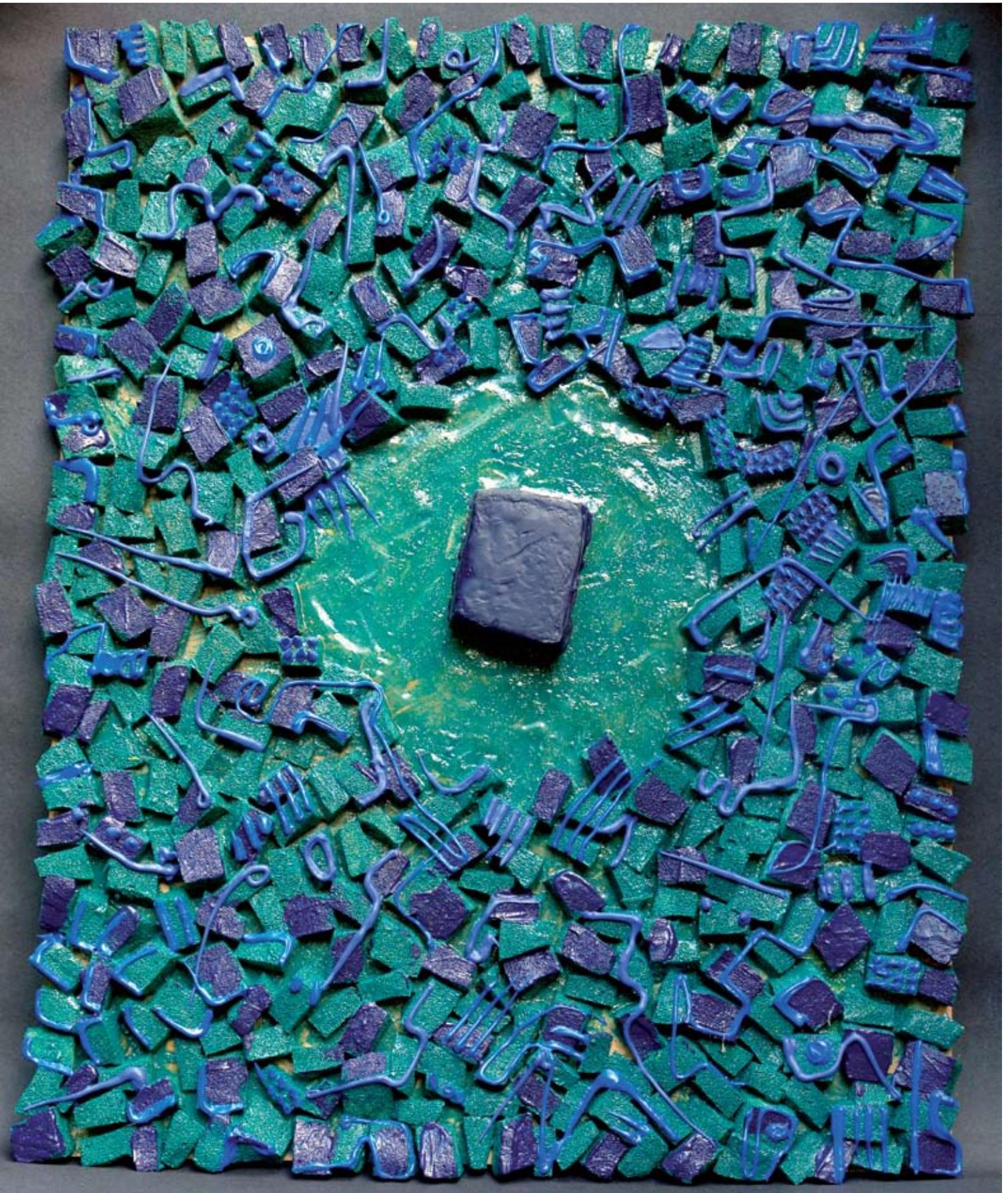
**EL**

amor es esa distancia pequeña y salada. La cantidad de veces en las que pensó abandonarlo eran suficientes.

Llevaba el amor atragantado desde hace meses. Esa suerte de necesidad y aborrecimiento. Sensación de llenura para regresar a la hambruna, al deseo de devorar, de acabar en un instante con una vida que suspira y que lucha. Su batalla consistía en observar sus ojos y no perderse en el camino. En encontrar que más allá de la luz o la sombra podía esconderse un lago o un mar lejano. Un acontecimiento que daría inicio a una vida nueva que persistía luego de los besos y el sexo, casi una intromisión. Un deseo salvaje y manifiesto. Ella hacía el amor y seguramente afuera llovía. Qué otra cosa podía pasar más que una tormenta. Era poco que las palmeras cayeran como naipes, que el mar se elevara mil metros.

Esa mañana pensó que podía emprender una jornada de huelga. Una lucha que comenzaría hablando, como si las palabras tuviesen el poder para salvarla o levantarla de la lumbre. Aunque no podían. Quizá el silencio podría ser una opción. Él alcanzó a decirle, en la madrugada, que nunca habían desayunado juntos. Era tan necesario como levantarse y encontrar el diario bajo la puerta. Un lujo. El amante podía desaparecer

y aparecer otra vez. Cierra los ojos. Los abre y ya no está. Acaba de irse. Y puede que la próxima vez que abra los ojos haya transcurrido un año. O un par de meses. En el último encuentro intentó buscar en sus ojos y maneras algún resquicio del amor profesado. Se besaron como si acabaran de conocerse. Y era posible. Sus vidas estaban marcadas por las indiferencias y las distancias. Y él era el ángel al que recién acaban de crecerle las alas. Puede volar en cualquier momento pero no se resiste a caminar y tiene los pies desgastados. Hay un surco marcado en la tierra de camino a su casa que atraviesa una y otra vez. El amante se extiende sobre la cama y ahora no enciende un cigarrillo pero guarda silencio. Es la mujer quien hace bordados con las palabras y usa un dedal. Ella sabe amarlo porque lo necesita y lo odia. Dos sentimientos que en la cama pueden ser una virtud. Lo hará gemir y al mismo tiempo suplicar. Detente, pero ella no escucha. Está cerca de encontrar la salida o sustancia. Un sabor que presiente en su boca desde el comienzo. El hombre se regodea y alarga el final. A veces pasa. Dices que vas a irte y te despides diez veces. Un gemido más y a la mujer le es otorgado un obsequio directamente en la boca. Se encuentran a paz y salvo de deudas morales y físicas pero ella quiere provocar una nueva cantidad o abrir una nueva cuenta si es preciso. Va a necesitarlo para los próximos días sin tiempo ni lugar.





En el peor de los casos extrañará su olor y se preguntará la razón por la que cada uno lleva una vida independiente. Los dos amantes viven separados y no comparten ningún espacio salvo el de una cama, de vez en cuando. No molestan a nadie ni revelan su intimidad. Quizá tampoco haya despedidas verdaderas o reencuentros cercanos. La relación gira como las mariposas en torno a la luz. El ángel está exhausto y la mujer dará un paso atrás. Si es necesario apagará la luz o abrirá la ventana. Lo deja libre porque amarrarlo a la cama puede ser otra de sus malas ideas. No estaría mal pero qué desgaste alimentarlo y darle a beber pequeños sorbos cada hora. Ahora lo sigue con la mirada y él acaba de posarse en un árbol. En otro Fauno.



## DRIVER

El conductor no se detiene. Yo lo observo, cierro los ojos y aspiro el aire que entra por la ventana. Me despeina, refresca mi cara.

Siempre alguien me conduce a alguna parte. Pocas veces voy al volante, decido, opino, o doy la última palabra. Quizás no siempre podemos ser protagonistas. O quizá tan solo en algunos momentos. Cuando nació. Los cumpleaños y mi funeral. Allí mi nombre estará escrito en letra de imprenta. Entre tanto, tomo la decisión de viajar al campo. En un par de meses. En diciembre, en las próximas vacaciones dedicaré tiempo solo para mí y no para cuidar de los otros. No cocinaré la cena para nadie ni lavaré los platos ni tenderé la cama. Quizá tan solo me dedique a dormir. O a pasear. O a estar por ahí, detenida. El conductor viste de blanco como un marinero. Adónde me lleva está vez. Adónde se dirige. Donde suenan las campanas. Donde se junta el mar con el cielo. Las imágenes se van perdiendo porque pasan de largo. Quedan en el espacio y desaparecen para siempre. Al final, parece que hubiese vivido cien años y tan solo van veinte. Y los que faltan. Hay que ver que los años han de devolverme las risas perdidas y los sueños que se juraron al amanecer. En una isla. Es probable que mi vida empiece a los 30, sin moros. Sin atisbos de horizontes inacabados. Cada día vivido a plenitud. Hasta el final. Hasta que sea necesario o no quite la respiración. Su mano al volante es poderosa, las mías reposan en mi regazo. Ya no son mariposas ni palomas al viento. Las enjaulo y a mis dedos enveneno con una argolla de



compromiso. Que dé la impresión de mujer casada. Alguna que un hombre escogió. El conductor conoce mi destino mientras yo me resisto. Mañana iremos a otro lugar. Pero el recorrido es inequívoco. Recuerdo que busqué a un hombre por el olor de su respiración. Llegué a su casa. Conocí a su familia y pasé noches enteras intentando comprender las circunstancias de amarlo y perseguir una relación sin futuro. El tiempo se detiene. No mides consecuencias. No controlas porque nada importa. Tenía sueños y ahora conservo aquellos a los que tengo acceso con billetes. Es más fácil comprar la alegría que recibirla o esperarla en la ventana. La abundancia puede convertirse en una opción cuando has senti-



do hambre en el estómago y en la mente. Leo. Busco libros para capacitarme y aprender cosas que ya sé. Estoy insufrible y mi ego no cabe por la puerta. Aunque debo dejarlo cada vez que entro a casa y con el tiempo termino por olvidarlo. Abandonado a su suerte. Mi ego va por sí solo y a veces tenemos citas en las que me agobia y me seduce. No hacemos el amor porque ya no somos amantes. Es como un amigo. Quedó reducido al ámbito familiar que no produce sensaciones más amplias para el deseo. Y yo ahora pienso en dónde abandoné mis ganas de amar y devorarme al mundo. Antes perseguí a los hombres y ahora me escondo de ellos. Solo soy una parte de mí, un espacio mínimo que se entrega y se recupera. No doy más amor del que pueda hacerme falta más tarde o a la mañana siguiente. Y el tipo de hombre es un conductor con la mirada perdida en el horizonte. En el esplendor de saberse parte del escenario. Puede detenerse ahora mismo. Quiero bajarme y caminar. Hace falta mover las piernas, ejercitar los brazos. No permitir que mis miembros se duerman tanto como mis pensamientos. Habrá un día en que van a buscarme solamente por las palabras que escriba. La fuerza del pensamiento, de la razón y la mente que quizá si vuela y hasta tenga alas. Las mías ahora mismo reposan.

El fin de semana hubo tiempo para recrearme, para cerrar los ojos y tener conciencia del color verde y brillante de la naturaleza. Para permitir que me trasladaran pero con conocimiento de fe. Llévame a dónde quieras y te doy permiso de perderte en el camino. El conductor es calvo. Si hacemos el amor será mi primera experiencia. Lo siento, la segunda. La memoria me falla. Aunque, en todo caso, se convierte en un amante inusual que conduce a un lugar que sólo él conoce y que yo añoro. Ojalá una cama blanca. Ojalá un hotel de lujo. ¡Bingo! La sábana es de seda rosa. El baño es una prolongación de las sensaciones. La fría baldosa mientras la

habitación de derrite en sabores. El amante es completamente peludo. Su cabeza es un despiste. Sin camisa, sin boxers, la ropa sale volando convertida en estorbo. Y ahora su vello púbico es una alucinación. Me gusta tanto que finjo que no me asombra. Que es natural un tipo como él en un lecho de otra ciudad. El papel de actriz es de nominación. Y el antes conductor se cree uno más. Se piensa parte de la lista y de eso se trata. Esa es la idea. Que no piense que ya lo amo. Que estoy enamorada y que voy a llamarlo a todas horas. Hay que tratarlo mal. Y en el mejor de los casos, lograr que se sienta utilizado y ojalá vulnerado. Una pieza de colección y acaso una obra de arte o literatura de ficción. Habrá de llevarme de regreso a mi casa. Pero esta vez es él quien debe marcharse. Lo espera una mujer parecida a mi y acaso un par de hijos pequeños. Es demasiado dramático para asumirlo sin una actitud fatalista. No tengo complejos de culpa porque en este caso fue el conductor quien me trajo y me subió a la habitación en estado de gracia. Seducida por todas partes y con el dulce y simbólico juego del placer rozándome la mejilla o una oreja. Imposible resistirse. Imposible negarse. Mentir que no y quedarme con las ganas de ser besada y acariciada. Me entrego y al final nos despedimos como si fuésemos amantes o amigos de toda la vida. El conductor prosigue su lucha diaria. Los empleados que trabajan para él y cumplen una función específica. Yo también hago frente en mi escritorio. Pero gano en un mes lo que él percibe en un día. Así son las cosas, así suceden y está bien que el conductor sea un tipo rico mientras yo soy una especie de cenicienta. Ahora mismo me debato entre la insatisfacción y la duda recurrente. Entre la necesidad de ser nada o de ser otra más. Una mujer que se las sabe todas pero todavía conserva rastros de ingenuidad. El deseo brota por mi piel y debo tomar baños de agua fría para calmarme y debilitar mis instintos. ❖